

## EL CORAZÓN DE CRISTO

Pablo Fontaine, SS.CC.

*Como es sabido, al hablar del Corazón del Salvador, nos estamos refiriendo al centro personal de Jesús, a lo más entrañable de su ser, a sus opciones más profundas. Por lo tanto, a lo que en El nos es más cercano. Como cuando un amigo habla con un amigo verdadero y le abre su corazón.*

*La espiritualidad católica se ha referido a este Corazón ya sea como algo abierto, la manifestación de su amor, ya sea como algo oculto: el misterio de la sabiduría del Verbo.*

En el primer caso, es toda la historia de Israel, pueblo que se sabe amado y escogido, que viene a reflejarse en el Corazón del humilde hijo del carpintero. O, si se quiere, es todo el Amor de Dios por su pueblo que, en el nuevo Israel, pasa por el Corazón del hombre Jesús.

Los discípulos de Emaús sintieron que su corazón ardía cuando el forastero que los acompañaba explicaba las Escrituras que se referían a El, y con razón, porque les estaba mostrando un amor eterno que pasaba finalmente por el mismo que les hablaba.

Le habrá dicho de parte del Padre y de su propio Corazón: “¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo, hablen con cariño a Jerusalén y díganle que su esclavitud ha terminado!” o bien: “Israel, Pueblo de Jacob, por pequeño y débil que seas, no tengas miedo, yo te ayudo” (Isaías 41,14)

Tal vez les ha citado Oseas 2,14, en que Dios, refiriéndose al pueblo como a una novia, dice: “Yo la voy a enamorar, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón”.

Pero sobre todo les habrá mostrado los sufrimientos del Siervo de Dios: “Nosotros pensamos que Dios lo había herido que lo había castigado y humillado, pero fue traspasado a causa de nuestras rebeldías”.

Nunca entenderemos, al menos en esta tierra, este Amor desbordante de Dios, Amor que no tiene motivación precedente, Amor que se confunde con el mismo Ser de Dios como derramado sobre las creaturas.

Pero entendemos mejor lo que ocurre en aquel corazón humano del que se nos dice: “El siempre había amado a los suyos que están en el mundo, y así los amó hasta el fin” (Juan 13,1).

El mismo que dijo al Padre: “Tú y Yo somos uno” (Juan 17,22).

Así también lo entendieron los Padres de la Iglesia que descubrieron el Corazón de Cristo sobre todo en el capítulo 7 de San Juan: “En el último día de la gran fiesta, estaba allí Jesús y exclamó: Si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba el que en Mí cree. Como dice la Escritura: Manantiales de agua viva brotarán de su seno (de las entrañas del Mesías, de su Corazón).

El mártir San Justino comenta así estas palabras: Los cristianos somos el verdadero linaje de Israel que hemos salido, como piedra de una cantera, del Corazón de Cristo. Nos alegramos de morir por el nombre de esa magnífica piedra, que hace brotar una fuente de agua viva en los corazones de aquellos que, a través de El, aman al Padre del Universo, en la cual se abreven todos los que quieren beber el agua de la vida”.

El texto de Juan 7, recién citado, habría que leerlo a la luz de Juan 19,34: “Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al momento salió sangre y agua”.

El pasaje se refiere al Cristo muerto y crucificado, que a su vez nos remite a lo dicho por el profeta Zacarías: “Aquel día llenaré de espíritu de bondad y oración a los descendientes de David y a los habitantes de Jerusalén. Entonces mirarán al que traspasaron y harán duelo y llorarán por él como por la muerte del hijo único” (Zac.12, 9-10). “En aquel día se abrirá un manantial para que en él puedan lavar sus pecados y su impureza los descendientes de David y los habitantes de Jerusalén” (Zac.13,1).

Así, en el Corazón traspasado de Jesús, hemos conocido el Amor de Dios, como se dice en la Primera Carta de Juan: “Dios mostró su amor hacia nosotros al enviar a su Hijo único al mundo para que tengamos vida por El” (1 Jn.4,9).

Por lo que se dijo al comienzo, del “corazón” como centro personal, se podría pensar que se trata de algo “espiritual” que por lo tanto no está representado por el traspasado en la cruz. Pero no es así. Se trata del centro total, del interior del hombre, no de su “alma” sola.

Por lo demás todo lo que se refiere al corazón se entiende en la entrega del mismo. Cuando se trata del Corazón de Cristo entendemos mucho más, contemplándolo traspasado en la cruz que en un estudio teórico.

## El corazón oculto

Como decíamos se puede subrayar el que de ese Hombre provenga el Espíritu que nos da un corazón nuevo y nos comunica todo el Amor del Padre. Pero también se puede atender más al carácter “oculto” de ese corazón.

El ser humano tiene un interior que no es fácil de conocer, ni siquiera es fácil para el mismo sujeto. Nuestro interior es un camino de gran profundidad.

Dialogando en la oración con Jesús, sentimos esta impresión con mayor fuerza, porque ese Corazón no es meramente humano. Tiene un fondo que no termina. El Corazón de Cristo oculta un abismo que llamamos Verbo de Dios. Si es verdad que en la encarnación no podemos dejar afuera los aspectos humanos e históricos de Jesús, también es verdad que no nos quedamos solamente en eso y somos llevados a contemplar su hondura divina.

En ese sentido entendemos las palabras de San Agustín sobre el Corazón del Señor:

“Juan recibió la gracia más particular y especial entre sus compañeros y colaboradores, los otros evangelistas, pues al inclinarse en su pecho en la última cena, quiso significar que recibió misterios sublimes de lo más íntimo del Corazón del Señor, de modo que dijo tales cosas del Hijo de Dios que quizás excitan la atención de los pequeños, pero

que no pueden entender todavía los no capacitados, mientras que a los espíritus maduros y llegados a la edad viril les da con estas palabras punto de meditación y práctica". (Sobre el Evangelio de San Juan).

En la Edad Media, **San Bernardo de Claraval** juntará ambas líneas al conducirnos al **Corazón del Señor como fuente de vida, de gracia y conversión, y también como al lugar secreto de la sabiduría**: "Lo que no hallo en mí mismo búscolo confiado en las Entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia, la cual van derramando por los diversos agujeros de su cuerpo sacratísimo, pues sus enemigos taladraron sus pies y manos y abrieron con lanza su costado: por estas aberturas puedo yo sacar miel de la piedra y óleo suave de peñasco durísimo; puedo gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor. Entonces meditaba El pensamientos de paz, sin yo entenderlo; porque ¿quién conoce el sentir del Señor o quién jamás entró en su consejo? Mas estos clavos con que El ha sido traspasado se han convertido para mí en preciosas llaves que me han abierto el tesoro de sus secretos, afín de que vea yo la voluntad del Señor. Y ¿quién podrá impedirme ahora el que vea claramente esos secretos y esa voluntad a través de sus llagas?... **El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, afín de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios; podemos repito, contemplar las misericordiosas entrañas de nuestro Dios, que ha hecho al sol salir a visitarnos desde lo alto. ¿Qué dificultad hay en que se muestren las entrañas de Dios a través de las llagas? Porque nada hay, Señor, que haga ver que eres suave, manso y de mucha misericordia como estas heridas. Nadie tiene mayor compasión que quien pone su vida para los sentenciados a muerte y los condenados**" (Cant.61,41).

Cuando contemplamos con afecto los hechos y palabras de Jesús en su vida mortal, nos es posible asomarnos, por acción del Espíritu, al Abismo del Verbo para agradecer conmovidos su sufrimiento por nosotros; y al considerarlo hoy resucitado, agradecemos con más alegría su presencia en nuestras vidas y comunidades, recordando que todo ello proviene del Hijo de Dios que tiene un Corazón humano y nos trae el Amor del Padre: "Ojalá puedan comprender con todo el pueblo santo cuán ancho, alto y profundo es el Amor de Cristo. Pido que conozcan ese amor que es mucho más grande que todo cuanto podamos conocer, para que lleguen a colmarse de la plenitud de Dios" (**Ef.3,18-19**).

### **Un corazón libre, pobre y misericordioso**

Finalmente quisiera subrayar especialmente estos tres rasgos del Corazón de Cristo.

**Su corazón es libre para enfrentarse con las autoridades civiles y religiosas**. Nos asombra con qué soltura se refiere a quienes explotan a los pobres o muestran su hipocresía religiosa.

¿De dónde brota esta libertad? es que ese corazón está apegado antes que nada a la voluntad del Padre. *El necesita* hablar así para liberar al pueblo de su estado servil. Lo hace con la seguridad de cumplir la voluntad del Padre y anunciar así su Reino.

Las dos palabras claves de Padre Nuestro, oración que brotó de su corazón para inundar el nuestro son *Padre* y *Reino*. Sus dos amores. Uno determinado por el otro. El

Padre quiere que Jesús anuncie su Reinado, y esto es suficiente para que Este enfrente la persecución, la pasión y la muerte.

El corazón *pobre* habría que contemplarlo sobre todo en el Huerto. Allí se dirige al Padre en la mayor tristeza y soledad, busca el apoyo humano sin encontrarlo y termina acogiendo la voluntad del Padre, a pesar de su fragilidad y contra su inclinación natural.

El pobre hombre que está así postrado en el Huerto *no tiene nada. Lo ha perdido todo* hasta los amigos y muy pronto colgará desnudo en la cruz. La costumbre de ver esa imagen no debe borrar la contemplación de ese corazón “vacío y solitario”.<sup>1</sup>

Cada página del Evangelio nos muestra *su corazón misericordioso*. Rodeado continuamente de pobres, enfermos y pecadores, su corazón *se conmueve* y su modo de amar y perdonar nos enseña cómo es el Padre, porque quien lo ha visto a El ha visto a su Padre. El es la traducción de lo inefable e invisible del Padre. Es su traducción humana.

De todas las muestras de amor misericordioso, tal vez la más impresionante y sugerente es la Parábola llamada del hijo pródigo, en que el padre, imagen de Dios acoge con una fiesta al hijo que lo ha ofendido y que se ha marchado lejos.

Hay alguien que ha comprendido como nadie lo que hay en ese corazón. Es el corazón de su madre que lo tuvo en su seno, le enseñó la vida humana, lo siguió de lejos en su ministerio, lo acompañó junto a la Cruz y fue testigo de la Venida de su Espíritu entre los apóstoles. Ese día se nos entregó a todos un corazón nuevo, que no era otro que el mismo Corazón de Jesucristo: “pondré en ustedes un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Quitaré de ustedes ese corazón duro como la piedra y les pondré un corazón dócil. Pondré en ustedes, mi espíritu” (Ezequiel 36,26.27).

Por este Espíritu, el Corazón del Resucitado sigue presente en la historia. Su calvario continúa en los abandonados y humillados. No está principalmente en las grandes mansiones ni los centros del poder. Ese corazón libre, pobre y misericordioso no ha terminado su pasión.

Su silencio frente a la injusticia es parecido al que mantuvo cuando los soldados lo golpeaban y se burlaban de Él. Sus ojos nos expresan a través de millones de rostros, lo que hay en ese corazón desgarrado.

Pero el Corazón del Resucitado está también presente en el bien que se realiza, en el misterioso crecimiento de su Reino y en la intimidad de cada hombre de buena voluntad.

Se hace verdad para cada uno de nosotros lo que escribía San Pablo en su Carta a los Gálatas: “No soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí”.

---

<sup>1</sup> Juan de la Cruz. Carta 15.